

REVISTA  
DE  
CIENCIAS ECONÓMICAS

---

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

---

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

---

---

AÑO II

NÚM. 14

AGOSTO DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

la hipótesis de que desaparecieran los ferrocarriles y volvieran los tiempos de los transportes por caminos ordinarios con tracción animal.

¿Es posible formarse, ni idea tan siquiera, de lo que habría de ocurrir? Se produciría la despoblación de regiones industriales, el abandono de otras, la ruína de la inmensa mayoría de industrias, sobre todo de las más importantes, la paralización de energías y de trabajo que habrían de volver otra vez en gran parte al estado latente. Sólo volviendo la vista atrás y pensando en lo que era la vida hace sesenta y cinco años, se alcanza a comprender el gigantesco paso que ha dado la humanidad desde que se establecieron los ferrocarriles.

Lo que la prensa hace para el progreso intelectual de los pueblos, hacen los ferrocarriles para su progreso material. Son la clave de la civilización.

EDUARDO MARISTANY.

---

## RESEÑA EXTRANJERA

### LA GRAN GUERRA

Aquel monstruo que por tantos años permaneció encadenado en la débil guarida de la paz armada ha roto las ligaduras que le sujetaban y hoy se pasea victorioso y triunfal, en medio del dolor y la miseria, vomitando sangre, aullando lúgubrementemente la horrenda justicia del exterminio, la terrible legalidad del asesinato colectivo.

Cada vez que los designios de Marte ponen frente a frente a las grandes masas de hombres armados, con la única consigna de matar y hacerse matar, la humanidad, movida por un sentimiento de indignación y de protesta, se pregunta: ¿por qué hay aún guerras? ¿por qué son aún belicosos los pueblos? Preguntas que nadie ha contestado todavía satisfactoriamente y que quizá nadie contestará!

Bastiat ha hecho decir a uno de sus personajes: «Esto os dará a conocer, y lo celebraréis infinito, cuán falsa es aquella triste máxima de Bacón de que *lo que un pueblo gana, el otro lo ha de perder indispensablemente*; máxima que expresó Montaigne de una manera más desconsoladora, diciendo: *el beneficio de uno es el perjuicio de otro*».

Si viviera aquel insigne economista en los días actuales, ¿no se arrepentiría de haber escrito ese párrafo, tantas veces desmentido por la realidad de los hechos? ¿No dirían la verdad Bacón y Montaigne?

En efecto, parece que los hombres rindiesen ferviente culto a la *triste máxima* de Bacón y que los pueblos, al soportar pacientemente la pesada carga de los gastos de armamentos y manutención de grandes ejércitos, no tuviesen en cuenta sino una futura ventaja, que algún día habrán de

obtener, en detrimento de los que habitan el otro lado de la frontera.

Ahora, como muy bien dice el Dr. Juan B. Justo, en su libro «Teoría y práctica de la historia», «los estados más fuertes son los que pueden fabricar más y mejores fusiles y cañones, los que construyen cruceros más rápidos y más poderosos acorazados, los más adelantados en electrotécnica, los que tienen mejores y más vías de comunicación y más dinero o más crédito, y disponen en cualquier momento de mayor cantidad de carbón y provisiones para el ejército y la escuadra». ¿Será siempre así? ¿La humanidad no tiene otra finalidad que la guerra? ¿Es verídica la frase del escritor inglés Bagehot, citada en la obra mencionada, para quien «el progreso del arte militar es el hecho conspícuo de la historia humana?»

La guerra que hoy desgarrá las entrañas de la Europa acaso es el resultado de otras guerras, más pacíficas, más humanas, si se quiere: las guerras de tarifas, las encarnizadas luchas de competencia que los industriales de las naciones beligerantes de largo tiempo venían sosteniendo.

La guerra, en su forma primitiva, no fué sino una manera de producción. Estaba revestida de un carácter netamente económico, ya que con ella se proveían los vencedores de esclavos — elemento precioso en la economía social de aquellos tiempos — y demás productos que faltaban en el propio país. Pero ella también ha evolucionado, si bien conservando siempre aquel objetivo económico que el ilustre escritor Molinari ha explicado en sus obras de economía política.

Si en sus orígenes fué la guerra un medio para conseguir las riquezas que poseían los pueblos fronterizos, hoy, en cambio, ella se hace para conquistar nuevos mercados y ensanchar el campo de los consumidores. Los inventos que día a día hacen más productivo el trabajo humano y la técnica de la producción siempre progresando, guiados por el único afán del capitalista, que no respeta otras leyes que las de su sed de lucro, obligan a la guerra. Ella habrá de proporcionar al vencedor nuevos puertos por donde exportar con mayores facilidades y ventajas el exceso de producción. Facilitará mejores y más rápidas vías de comunicación que permitirán realizar una competencia ruinosa para el

rival, con lo que se logrará la imposición de los artículos manufacturados.

Si la existencia de los pueblos primitivos exigía que se hiciesen frecuentes guerras con el único fin de expoliar al vencido, hoy los conflictos armados parecen ser más bien un medio de que se valen las potencias industriales para aumentar el radio de acción de su comercio y sus industrias.

La producción mal encauzada, abandonada a sí misma, guiada por los intereses opuestos de los capitalistas de los distintos puntos de la tierra, en fin, el *desorden en la producción*, que para muchos autores ha sido el factor principal de las guerras modernas, juega, en la presente conflagración que envuelve al viejo continente, un papel preponderante.

Quizá la guerra actual no habrá de figurar en la historia como *una guerra de industriales que luchan por la conquista de nuevos mercados!*

De cualquier modo, al ver el cariz trágico que va tomando esta gran lid, puede exclamarse, triste, amargamente, como el poeta :

«Que el mayor mal que al hombre le sucede  
No es de las fieras, no, sino de otro hombre,  
Que la fiera se amansa  
Y el hombre en daño de otro no descansa».

#### LA DESPOBLACIÓN EN FRANCIA

Mostrarse preocupado, en estos momentos de enormes masacres y mutuo exterminio, por la despoblación de un país, debida a causas bien distintas de la guerra, parecerá hasta cierto punto irónico o ingenuamente ridículo. Mas, a pesar de todo esto, el tema nos atrae y lo creemos digno de un comentario.

Las últimas estadísticas oficiales de Francia ponen de manifiesto, una vez más, de qué manera el fenómeno de la despoblación adquiere día a día en aquel país mayores proporciones, sin que nada hayan logrado todas las medidas tomadas por los hombres de gobierno y la intensa propaganda hecha, en estos últimos años, por los hombres de ciencia

e instituciones patrióticas. Es alarmante el decrecimiento de los matrimonios, lo que da, por lógica resultancia, una notable disminución en las cifras de los nacimientos.

Mientras en el año 1912 fueron registrados en toda la Francia cerca de 312.000 matrimonios, en 1913 se realizaron 298.760, es decir, 13.169 matrimonios menos que en el año anterior.

Durante el año 1913, el número de los nacimientos ha descendido a 745.539, cuando en 1912 era de 750.651. Jamás, dice la publicación de que nos servimos para estos datos, una cifra tan baja se ha registrado, salvo en el año 1911.

Para comprender exactamente lo que estas cantidades significan, es menester compararlas con las de los últimos 40 años. Así, en el trienio 1872-75, el término medio de los nacimientos fué de 945.000; en el quinquenio 1876-80, fué de 941.000, vale decir, 4000 nacimientos menos que en el trienio anterior.

En el quinquenio 1881-1885 esta cantidad experimenta un descenso de 6000 nacimientos, pues fueron 935.000 los que se produjeron en ese período. Durante los años 1886 a 1890 el término medio fué de 883.000, es decir, 52.000 nacimientos menos. En los años 1911-1913 el término medio es de 746.000 nacimientos, inferior en 200.0000 al trienio 1872-1875.

¿A qué se debe la producción de este fenómeno, que permanece constante y que tanto ha hecho hablar fuera y dentro de Francia? Las causas son múltiples. Autores tan distinguidos como Leroy Beaulieu ven en él, un exponente de cultura y civilización de un pueblo. Pero, a no dudarlo, en esta cuestión de la despoblación de Francia, como consecuencia de la disminución de los matrimonios y nacimientos, intervienen otros factores de influencia más directa y decisiva. Entre ellos figuran el incesante aumento de los precios en los artículos de primera necesidad y la suba de los de la vivienda, especialmente en las ciudades de población más densa, y que, en los matrimonios modestos obligan a ambos esposos a las tareas del taller o la oficina; lo que sustrae cada vez más la atención de la mujer a los cuidados de la casa. El paro forzoso, el «chomage», como lo llaman los

franceses, es decir la falta de trabajo, la huelga obligada, no es tampoco ageno a este fenómeno de la disminución de la nupcialidad y natalidad, que no sólo es propio de Francia sino de muchas otras naciones, en las cuales la existencia de idénticas causas empiezan a producir análogos efectos.

I. LUIS GRASSI.

---

**ADVERTENCIA.**

Debido al exceso de material hemos suprimido en este número las secciones «Notas marginales» y «Apuntes» y parte de «Reseña extranjera».

LA DIRECCIÓN.